

1

SARAH MORGAN

—No de nuevo.

La decepción en la voz de Adam inunda la habitación, y se queda ahí como una ligera niebla que nos aleja. Inspiro hondo y exhalo con fuerza en un intento por disiparla. No necesito mirarlo para saber que su mirada refleja desilusión y que tiene los labios bien apretados. No lo culpo. Lo decepcioné otra vez. Me paso las manos por el pelo para comprobar que no se me haya soltado ningún cabello. Lo tengo recogido en un moño perfecto. *Siempre* lo llevo recogido en un moño perfecto. Me pongo un *blazer* blanco y me acomodo la falda tubo. Intercambiamos una mirada que nos devuelve a nuestro sitio.

—Lo siento. —Inclino la cabeza para evitar su mirada y lo atraigo hacia mí. Muerde el anzuelo y se acerca. Su metro ochenta se alza por encima de mi pequeño cuerpo y me pone una mano en la mejilla, me levanta la barbilla y me besa suavemente en la boca. Se me eriza la piel. Diez años de matrimonio después, Adam me

sigue provocando eso. Diez años de matrimonio después, yo sigo haciéndole sentir lo mismo a él. Me refiero a la decepción.

—Deberíamos haber ido ayer a la casa del lago. Me dijiste que hoy podías.

Rompo el abrazo y empiezo a preparar mi maletín; mi sentido de la responsabilidad es más fuerte que mis sentimientos.

—Lo sé, lo sé, pero tengo mucho trabajo y debo preparar un alegato final muy importante.

Adam se acerca al marco de la puerta de nuestro dormitorio, se apoya en él y se cruza de brazos. No hay nada que me apetezca más que estar entre sus brazos en lugar de envuelta en un juicio complicado, pero hay cosas que ni siquiera yo puedo controlar.

—Siempre tienes mucho trabajo. Siempre estás trabajando en un caso muy importante. —Entrecierra los ojos de una forma divertida pero acusadora, como si me estuviera juzgando él a mí.

—Alguien tiene que pagar las facturas. —Esbozo una pequeña sonrisa. Eso le da de lleno. Adam mueve apenas la cabeza, un gesto casi imperceptible que, sin embargo, noto. Le pongo las manos sobre los hombros. Aunque parezca que no se inclinará para buscar mis labios, sé que lo hará. No puede resistirse a mí, y yo tampoco puedo resistirme a él.

Sonríe. Su juego de tira y afloja solo dura unos segundos antes de que se incline y nuestros labios vuelvan a encontrarse, esta vez con más pasión. Abrimos la boca, nuestras lenguas se entrelazan y me recorre la espalda con las manos. En ese momento, me planteo dejarlo todo: renunciar al bufete, vender esta casa y mudarnos a nuestra cabaña en Virginia para correr de la mano y vivir nuestro propio cuento de hadas.

Pero la realidad se impone de nuevo.

—Tengo que irme —le susurro al oído mientras me alejo. Siempre soy yo quien se aparta primero. Algún día seremos todo lo que siempre supe que seríamos, pero ese día no es hoy.

—Mañana es nuestro décimo aniversario —dice con el ceño fruncido. Todavía tiene ese encanto juvenil que me enamoró, un encanto que me exasperaría si ya no estuviera enamorada de él.

—Voy a hacer todo lo posible por ir mañana. —Doy un paso atrás para alejarme de él y observo su cara de decepción. Le hice daño.

Resopla.

—Después de diez años, debería estar acostumbrado a que hagas esto, pero... no lo estoy. —Se frota la barbilla como si estuviera pensando qué decir—. Estoy harto, Sarah. —Baja la cabeza y niega.

Cierro el espacio que nos separa y entierro la cara en su pecho.

—Lo siento. Sé que te decepcioné. Pero en cuanto cierre este caso, me tomaré una semana libre. Ya lo hablé con Kent. —Lo miro con ojos de cierva, con la esperanza de que se alegre de la noticia.

Adam deja escapar una pequeña sonrisa.

—¿Es una promesa real o una promesa como las que haces siempre?

—Ay, para —le digo, dándole unas ligeras palmaditas en el pecho.

Me toma de las manos y me acerca para darme otro beso.

—Pararé cuando tú pares. —Sonríe. Volvemos a besarnos.

—Casi lo olvido. —Me acerco al closet, tomo una cajita perfectamente envuelta y se la extiendo—. Te compré algo.

La mira y luego me contempla a mí.

—No deberías haberlo hecho —dice, aceptando el obsequio.

Después de nuestro quinto aniversario, acordamos que no nos haríamos más regalos, pero no pude evitarlo. Sé que he descuidado nuestra relación, pero esta es mi pequeña forma de recompensarlo. Se queda quieto un instante y luego desenvuelve la cajita con cuidado. La abre y descubre un reloj Patek Philippe Grand Complications con correa de cocodrilo y esfera de oro. Boquiabierto, admira la complejidad y el diseño de la esfera—. Llevo años queriendo este reloj, pero... es demasiado —protesta.

—No, no es demasiado. Cumplimos diez años de casados.
—Saco el reloj del estuche—. Mira el grabado.

Adam lo da vuelta y pasa el dedo por encima del número: 5.259.456.

—¿Qué significa? —me pregunta.

—Son los minutos que hay en diez años. —Le doy un ligero beso en los labios.

—¿Los has contado?

—Siempre estoy contando. —Me río y lo ayudo a ponerse el reloj.

Extiende la muñeca y lo admira.

—¿Es para que lleve la cuenta de cada vez que llegas tarde o me dejas plantado? —dice, y pongo los ojos en blanco—. Es broma —añade.

—No, no lo es.

Adam devuelve su atención a mí, coloca las manos sobre mis hombros y las desliza por mis brazos.

—Tienes razón. Pero igual te amo, Sarah. —Me besa con fuerza.

Cuando nos desenredamos después de ese apasionado beso, nos dirigimos a la cocina, un espacio amplio y moderno con

electrodomésticos de acero inoxidable, armarios color crema y encimeras de granito. Dejo mi maletín Bottega color negro sobre la isla y voy al refrigerador a buscar un poco de fruta y agua. Tomo unas rodajas de piña y una botella de San Pellegrino; suficiente para aguantar hasta que mi asistente vaya a buscar el almuerzo.

Adam sirve dos tazas de café y deja una al lado de mi maletín. Retira el filtro usado de la máquina y se dirige al cubo de la basura. Pisa el pedal para abrir la tapa y, justo cuando está a punto de tirar el filtro, un brillo plateado le llama la atención.

—¿Qué es esto? —Mete la mano en el cesto y saca la fuente de la luminiscencia. Un sobre roto con una tarjeta dentro.

—Una tarjeta de aniversario que nos envió tu madre —respondo sin levantar la vista del teléfono.

—Y tú simplemente... ¿la arrojaste a la basura? —dice con el ceño fruncido.

—La recibí, la abrí y la leí. ¿Qué más querías que hiciera?

Adam saca la tarjeta del sobre y la lee en voz alta:

—«¡No puedo creer que hayan durado diez años! Feliz aniversario, mis queridos Adam y Sarah. Posdata: ¿dónde están mis nietos? Con amor, mamá». —Adam sonríe—. Ha sido muy amable de su parte. —Busca un imán en las gavetas para colocar su «trofeo» en la puerta del refrigerador, y pongo los ojos en blanco mientras lo veo decorar nuestra cocina con un trozo de basura.

—¿Qué vas a hacer hoy? —Cambio de tema. Esta la voy a dejar pasar, y con «esta» me refiero a su madre. Tomo la taza de café y me la llevo a los labios. Me quema, pero es un ardor de los buenos, como los pequeños fuegos que a veces necesitamos para recordar que estamos vivos.

—Bueno, ahora que tengo tiempo... —empieza a decir con una risita, mirando su nuevo reloj. Solo por cortesía, suelto una risa ante su terrible broma—. Probablemente vaya a la casa del lago a escribir un poco. Daniel necesita unas páginas más para poder presentarles el libro a las editoriales.

Asiento y bebo otro sorbo.

—Las últimas que enviaste eran maravillosas. A tu agente le van a encantar. Envíame lo que escribas hoy.

—¿Lo dices en serio? —Levanta una ceja con escepticismo.

—Siempre hablo en serio, especialmente cuando se trata de ti. —Le guiño un ojo.

Deja su taza de café y acorta la distancia entre nosotros. Se coloca detrás de mí y apoya las manos en la encimera. Me acaricia y besa el cuello, presionándome el trasero con la pelvis, y me río como una colegiala.

—Ven mañana. Aunque sea para pasar el día.

—Lo intentaré, así al menos estamos unas horas juntos.

—Haz algo más que intentarlo. Hace más de un año que tenemos esa casa y no has pasado ni dos noches seguidas allí.

—Te dije que lo intentaré. —Le doy otro sorbo al café.

—Por favor —susurra en mi cuello.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para ir mañana y que tú y yo por fin podamos bautizarla... —Retrocedo de forma juguetona para presionarme más contra su cuerpo. Él me abraza con fuerza y me besa el cuello.

—Este plan sí que me convence. —Me gira y me recorre el cuerpo con las manos.

—Gracias por tenerme paciencia. —Levanto el rostro y nuestras

miradas se encuentran. Pongo ojos de cachorrito mojado para transmitirle toda la sinceridad que quiero expresar con mis palabras. Me mira fijamente.

—Te esperaría toda la vida y más. —Me da un beso en la frente, otro en la punta de la nariz y, por último, uno en los labios—. O al menos otros 5.259.456 minutos. —Sonríe—. Ahora date prisa, así puedes trabajar y volver rápido conmigo. —Me da unas palmatitas juguetonas en el trasero, como si estuviera a punto de entrar a la cancha.

Recojo mi maletín, camino hacia la puerta y le digo que lo amo. —Yo más —me dice.